



Llaves huérfanas de su cerradura

ANTONIO TRIVES

Aaramoun (Líbano). Servicio especial

Uno de los objetos que no puede olvidarse cuando se sale de casa, y no es el omnipresente teléfono móvil, son las llaves. Se cogen para que al regreso, después de unos minutos, horas, o días poder usarlas y abrir de nuevo la puerta de casa. Pero, y quien huye de la guerra y los bombardeos, o las persecuciones, ¿las llevan consigo?

¿con la esperanza de algún día usarlas de nuevo? o ¿como mecanismo para sentirse cerca?

El 22 de julio de hace dos años, Aamer introducía por última vez su llave de la casa en la que vivía junto a sus padres en Damasco. Había salido a cenar con sus amigos por la zona vieja de la capital siria. Quería tener el último encuentro con sus amigos.

Faltaban cinco minutos para las doce de la mañana del día siguien-

te y la decisión que durante un año rondaba su cabeza estaba a pocos minutos de materializar. La despedida resuena aún como lo más triste de su vida. El taxista ya estaba en la puerta cuando sus pasos por las escaleras ni siquiera contribuían a romper el silencio en el que le había sumido las emociones. En su maleta, un pequeño tarro de cristal con forma de botella con mensajes de sus amigos, una navaja scout que pertenecía a su

padre, un collar de su madre, ropa y una solitaria llave. La llave de su casa. Iniciaba su exilio al país vecino, Líbano.

Al sureste del Aeropuerto Internacional Rafic Hariri de Líbano se levanta el municipio de Aaramoun. Aamer regresa al edificio –gestionado por la organización URDA– en el que vive junto a 35 familias sirias. Su elocuente conversación se contrapone con la solitaria llave de su casa de Damasco. Reluciente y fría, contrasta con el caluroso valor sentimental que este pequeño elemento significa para este joven de 24 años, que a falta de un semestre para finalizar su carrera de arquitectura, no encontró otra opción que dejar su país para evitar el alistamiento en el ejército. Con la base redonda, al amparo de un escudo aro, la guarda entre sus enseres como un tesoro. “Es como una cuerda fina entre tu sueño y la vida real. La llave me mantiene intentando alcanzar mi futuro. Sé que voy a usar esta llave un día. No voy a dejarla. Porque pertenezco a esta llave. Esta llave es como mi pasaporte” comenta. Como los altibajos que conforman la sierra de la llave, pasa por momentos anímicos de subidas y bajadas, y esta le sirve para en mo-

R

EL REPORTAJE

Refugiados sirios que consiguieron coger la llave de su casa en la huida relatan su exilio



ANTONIO TRIVES

mentos de flaqueza “darme fuerza para volver a empezar, porque quiero usarla, por eso voy a esforzarme todo lo posible”. Aunque no está todo en sus manos. Dependerá del devenir del conflicto.

Se siente afortunado porque no ha perdido a ningún miembro de su familia y la casa sigue en pie. Teme perder estos cinco centímetros de metal. No va a haber una copia y asume que cuando llegue el momento del regreso no haya nadie dentro para abrirle.

En pleno corazón druso, en la localidad de Moukhtara, emerge el palacio de la familia Joumbat donde a modo concesionario exponen el Mercedes acribillado en el asesinato del líder druso Kamal Joumbat el 16 de marzo de 1977. A escasos metros de este emblemático lugar, en una casa de techos altos, Ahmad vive sus últimos meses en territorio libanés o al menos ese es su propósito. La primera vez que pisó esta región de Chouf fue en el 2005. Por motivos de trabajo iba y venía desde Sweida, al sur de Siria. Diez años después de esa primera vez decidió junto a su mujer refugiarse en este municipio en pleno Monte Líbano. El incremento de los controles y el conflicto, y el temor a sufrir se-



ANTONIO TRIVES

METAL PRECIOSO

No todos los que huyeron de Siria lograron coger las llaves; aquellos que sí, las guardan como un tesoro

cuestros determinó la decisión. Una sonrisa se dibuja en su rostro al preguntarle por la llave, de alegría sincera o estupefacción ante tal pregunta, pero deja la taza de café y la trae.

Sobria, sin adornos, con la cabeza redonda. Las hendiduras esperan entrar en la cerradura, una detrás de otra en riguroso orden, saltando los milimétricos obstáculos que pone el bombín para la consecución que permita el giro final.

Cada hendidura parece tener el nombre de cada miembro de la familia y un poder intransferible. Si no viajan los cinco miembros, no entrarán las cinco incisiones curvas en la ciega cerradura. También es cinco el porcentaje –según un estudio de Acnur de principios del 2019– de refugiados que tiene entre sus planes hacer el viaje de regreso a Siria a lo largo de este año. “Queremos volver, porque allí está mi tierra, mi familia, mis

orígenes” apunta. Sus padres, que viven cerca de su casa en Siria y en posesión de una copia, le han informado que la vivienda está bien. Como si quien se expresara fuera la aséptica llave, expone qué significa para él: “Todo, es mi vida” concluye.

Aarsal está cercado orográfica, emocional y paisajísticamente. La carretera que atraviesa el valle de la Bekaa entre sus fértiles y llanas tierras queda relegada drástica-

Safar
“Mi casa está en parte destruida, pero es mi tierra, por eso traje las llaves”, afirma Safar, en la foto grande

Ali
“Lo más difícil es cuando te fuerzan a estar lejos de casa y no puedes regresar”

Aamer
“La llave es como una cuerda fina entre el futuro y la vida real”, afirma Aamer

Ahmad
“Queremos volver, porque allí está mi tierra, mi familia, mis orígenes”, asegura Ahmad

mente al tomar el desvío por áridas laderas. Enclaustrado en un valle donde los edificios a medio construir se confunden con el paisaje y los módulos de los campamentos de refugiados. Desde la ventana de la cabaña de Safar se levanta las montañas que limitan con Siria. Se aprecian los controles fronterizos. Informático, de 39 años, matiza al ser preguntado si se siente que vive en una cárcel gigante. “Noto que estoy atado pero tengo la sensación no que el campamento sea una gran cárcel, sino que lo sea mi propia cabaña”.

Huyó de la violencia en Siria y también la encontró en el campamento cuando miembros de grupos terroristas se adentraron y se enfrentaron a las tropas libanesas. Su ciudad natal se encuentra a 65 kilómetros al otro lado de las montañas que se levantan frente a él. Desde hace seis años vive en este campamento fronterizo para que dado el momento del regreso, lo pueda hacer lo más rápido posible. “Aunque mi casa está parcialmente destruida, es mi tierra, por eso me traje las llaves” comenta con la misma avidez con la que la muestra. No las usa desde 2013. Sin un regreso digno. Sin estar seguro de que no le detengan, “si no se preserva mi opinión o no la respetan”, las seis llaves que agrupa en un llavero de metal, las mantendrá sin usar, sordas del desacompañado ritmo que emite un manojito de llaves mientras una gira para abrir la puerta.

La encuesta de Acnur desprende que el 83% de sirios esperan regresar en algún momento, a la larga, mientras que un 16% carece de dicha esperanza.

La sonrisa de Ali cautiva con el primer vistazo. Se vio obligado a dejar su país y refugiarse en Líbano tras las numerosas detenciones en Siria por participar en las manifestaciones en las conocidas Revueltas Árabes.

Entre pequeñas copas y platos de hojalata decorativos, un *ibrik* –pequeña olla donde se elabora el café libanés–, jarrones, pequeños cactus y candelabros, en una mesa en la esquina del comedor, descansan las llaves de Ali y su mujer de su vivienda de un municipio a las afueras de Hama (Siria). Tres llaves. La que abre la puerta principal es la larga, como la espera para usarla de nuevo, y sin hendiduras y con un solo diente, como la única hija que puede ver –vive en Líbano–, las otras dos se exiliaron en Europa en el 2015, cuando tenían 18 y 19 años. La emoción interrumpe sus palabras al hablar de ellas.

Las tres llaves no están huérfanas de la razón por la cual desde hace tanto tiempo no entran en su cerradura. Durante su estancia en la cárcel, Ali elaboró el llavero que hoy día sigue adornando el conjunto de llaves. Conformado por un taco de madera elíptico contorneado con un fino alambre entrelazado dejó grabado el nombre de su mujer. “Las llaves simbolizan mi casa, me dan esperanza. Espero que algún día las pueda usar –resopla por la emoción. “Lo más difícil es cuando te fuerzan a estar lejos de casa y no puedes regresar” concluye.

Hasta que no esté garantizada su seguridad y el cambio, no tiene ninguna intención de regresar. De esa sonrisa cautivadora de Ali relucen unos dientes que no son suyos, ninguno. Son todos postizos. Sus dientes los perdió por las palizas y torturas durante su reclusión en una prisión Siria.●

ENCUESTA DE ACNUR

A principios del 2019, el 83% de sirios en Líbano esperaba volver en algún momento a su país